

Nuestro pasado, envuelto aún entre las brumas del misterio, excita la curiosidad y el interés de los hombres estudiosos. Nuestras costumbres, muchas de ellas pintorescas y significativas, y que hasta hoy no han tenido un pintor feliz, esperan al que con segura mano ha de describirlas, aprovechando la poesía popular que contienen. En una palabra, sobran elementos para dar á la literatura de México un impulso vigoroso y eficaz que la haga salir del estado de postracion y de decadencia en que hoy se encuentra. Tan sólo falta verdadero amor al estudio en sus cultivadores, y acaso algun estímulo de parte del público.



NOVELAS.

I

El progreso material de nuestro siglo ha hecho revoluciones realmente extraordinarias en las letras, las ciencias, y en general en todos los ramos del saber humano; ha producido tambien cambios trascendentales en las costumbres, en las inclinaciones de los individuos, en las tendencias de las sociedades, en la manera de dirigir y desarrollar los sentimientos. Pero por desgracia, en medio de este movimiento universal, obsérvase una tendencia bien marcada y un propósito decidido de desterrar de la tierra los sanos principios que siempre la han regido, para establecer en su lugar el reinado de una falsa moral. Los partidarios de la filosofía incrédula, propagando sus doctrinas, sembrando la duda, atacando la fé de los pueblos y burlándose de su piedad, han redoblado sus esfuerzos para desviar los corazones de la senda religiosa, y pervertirlos y perderlos. “Prostituyamos las letras—han dicho:—envenenemos esas aguas donde tantos beben con delicia;”—

y mil teorías absurdas, aborto de imaginaciones desordenadas, han invadido las serenas y apacibles regiones de la poesía y del arte. Por eso la literatura contemporánea yace en una prostración que presagia la muerte; por eso no se oyen ya aquellos angélicos acentos que los poetas españoles del siglo XVI arrancaban á sus arpas de oro; por eso, finalmente, los escritores no derraman sobre la ansiosa muchedumbre aquellos tesoros de amor y de fé que tanto la consolaban en otro tiempo. ¿Qué es, en efecto, la literatura de nuestros días, si no el reflejo de las depravadas costumbres y de las agitaciones y pasiones en que viven las sociedades modernas? ¿Qué nobleza hay en el fondo de esta literatura enfermiza, lánguida y frívola, que lucha con la esterilidad y la impotencia?

II

La novela, que por su índole y ventajas sólo debería emplearse en moralizar al pueblo, es por desgracia un instrumento de corrupción en manos de los que la cultivan. Ella es acaso el género literario más á propósito para educar el corazón y formar los buenos sentimientos, y llevando el espíritu á habitar mundos bellos y pintorescos, dulcifica en cierto modo las amarguras de la vida. Tal vez por esto la novela ha sido siempre la forma de enseñanza más conforme y apropiada á las naturales inclinaciones de los individuos, y de aquí que muchos de los que han querido inculcar en los demás determinadas ideas, las han revestido del hermoso

ropaje de la fábula. Por otra parte, esta clase de producciones, cuando el arte las ha modelado y el autor ha seguido en ellas las inspiraciones de la verdad, de la belleza y del bien, conmueven provechosamente el corazón, á tal grado, que despues el entretenimiento que proporcionan sus páginas se desea y se busca como una necesidad de nuestra alma, como un alimento de nuestra vida interior. ¿Quién, por ejemplo, no se siente consolado de sus sufrimientos, al ver pintadas en una novela las delicias de la verdadera resignación? ¿Quién no procurará calmar las tempestades de sus pasiones, ante los sosegados y tranquilos cuadros que la virtud inspire al novelista? ¿Quién, al contemplar los horrores del vicio, no ahogará avergonzado los que se alimenten en su pecho? ¿Y quién, en fin, que haya recibido las profundas impresiones de una buena novela, no ajustará despues los actos de su existencia á las prescripciones de una moral severa?—Es innegable, pues, la grande utilidad de este género literario. ¿Pero se encuentran en todas las novelas aquellas favorables condiciones? Unas hay que hacen saludable bien al lector, y otras que sólo prostituyen los corazones; unas que presentan ejemplos de virtud, y otras que sólo engendran y fomentan criminales deseos.

Debido á la perniciosa influencia de las novelas francesas, casi todas las que en nuestros días se publican adolecen de los defectos que hacen ineficaz su fin importante y noble. En ellas se describen escenas y cuadros que revelan á la juventud los misterios de las pasiones;

se habla de las tentaciones del vicio, sin hacer notar sus peligros, y aún se enseña la manera de abusar de la sencillez y de seducir á la virtud. Todas esas novelas no son otra cosa que venenosas fuentes á las que muchos se lanzan impacientes para saciar su sed; libros que hablan muy alto en contra de la cultura y moralidad de las sociedades; y más aún cuando la experiencia nos enseña que, debido al fácil acceso que se les da, y al afán con que son buscados y leídos por todo género de personas, su número crece cada día de una manera prodigiosa. Hé aquí también por qué esta clase de escritos va consiguiendo ya sobreponerse á los verdaderamente útiles y bellos. Para triunfar de éstos, ha encontrado un auxiliar poderoso en la natural inclinación que tiene el vulgo á recrearse con ficciones; y por eso los que hacen la propaganda del mal han extraviado por este medio las inteligencias, apartándolas del buen gusto literario.

¿Se necesitará ahora enumerar los estragos que tales lecturas causan en la sociedad, y muy especialmente en la juventud? ¿No bastará, para medirlos, contemplar el estado actual de las costumbres? ¡Cuántos corazones han perdido su inocencia, cuántas almas su nobleza, leyendo esas inmorales producciones! Tiéndase la vista hácia nuestros jóvenes de hoy, y se les verá entregados á las delicias impuras que los novelistas les ofrecen: en las bibliotecas, en el hogar doméstico, en las escuelas, pasan su vida sobre esas páginas de corrupción.

Hablando de esto mismo, un distinguido escritor sud-americano se expresaba así:

“Cansada está la juventud de beber en esas aguas cenagosas de la escuela literaria francesa, aguas de donde salen vapores que trastornan los cerebros mejor organizados y que corrompen la sangre de los corazones más puros. Todas esas obras malditas que la prensa difunde y la crítica servil aplaude, producciones calenturientas que han extraviado á tantos hombres, deberían ser quemadas, como ántes se hacía con otras producciones filosóficas, por la mano maldita del verdugo. ¿Qué valen el encanto del estilo, el fuego de la imaginación corriendo como lava ardiente por páginas seductoras; las imágenes, los pensamientos envueltos en sofismas, si tras de ello hay sólo asquerosa corrupción? ¿Qué aprecio se debe á un talento corruptor? ¿Qué anatema no merecen todos los que por especulación difunden la inmoralidad y son productores del crimen? ¿Por qué hemos de venerar á esos que ensalzan el materialismo, revisten de flores el esqueleto de la duda y divinizan las más innobles pasiones? Génios mortíferos, matan las almas. . . .—Y esa literatura materialista y falaz es la que busca la juventud sedienta de emociones. Y en esas aguas de limpia superficie y seno asqueroso hemos bebido todos con delicia! Y con delicia tragamos el veneno, y éste va infiltrándose en el alma, causando una desorganización moral prematura: porque el materialismo sólo puede dar frutos de asquerosa corrupción. Excepciones tiene esa literatura, pero ya no muchas. La generalidad de esos escritos, producto de cierta escuela, es abominable, porque fomenta los instintos salva-

jes de la materia y esteriliza á un tiempo el espíritu y el corazón." *

Otro escritor notable, el elegante y malogrado académico D. Severo Catalina, se expresa también con elocuencia al hablar de la novela en su obra *La Verdad del Progreso*. "El secreto de la humanidad—dice—no puede encontrarse en sueños inverosímiles, en maravillas falsificadas, en lecciones de utilitarismo, en ardorosas hipótesis del vicio, en apologías del libertinaje, no: lo que la humanidad ha menester hoy, no son escuelas donde se enseñe á vacilar, á dudar y á negar; no son ejemplos de crímenes enaltecidos y de virtudes menospreciadas por oscuras y modestas; no son escenas en que aparezcan los lazos de familia relajados, el matrimonio descrito como tiranía insoportable, la autoridad paterna menospreciada, justificadas las aberraciones más tristes, y convertido el amor impuro, el amor-sensación, el amor nervioso, en una especie de Jordan que lava todas las faltas, en un Dios que redime de todas las culpas. Las escuelas enemigas de la autoridad, el filosofismo destructor y el escepticismo audaz, se han apoderado de la novela francesa, é inoculan en Europa, por este medio al parecer inocente, el veneno más activo, el veneno que entra en las casas bajo el amparo de los hijos inexpertos, de las hijas cándidas y de las esposas desprevenidas; veneno dulce porque viene envuelto con una historia interesante escrita con seductor colorido; pero veneno terrible cuyos estragos for-

(*) Adriano Pacz, escritor colombiano, en su *Carta á Jorge Isaacs*, sobre su novela *María*

man gran parte de una estadística espantosa: la estadística de los divorcios, de los suicidios y de la prostitucion. ¡Triste destino el de los géneos que se emplean en este servicio de Satanás! Un puñado de oro, un aplauso que se pierde prontamente en la gritería de los dolores humanos: hé aquí el precio que reciben ciertos novelistas de este siglo á cambio de tantas lágrimas en las familias, de tanta aficcion en los individuos, de tanto pudor ajado, de tanta inocencia corrompida. La malevolencia ha hecho que las corrientes del buen gusto alteren su direccion: ya no recrean á los espíritus aquellas narraciones sencillas de casos verosímiles en que, hermanándose lo útil con lo agradable, la enseñanza con el deleite, se cumplían los más altos y provechosos fines del arte: ya no satisfacen á la sencilla muchedumbre las descripciones tranquilas, los episodios honestos, las inocentes ficciones en que ora el autor pide á la vida del campo sus más interesantes escenas; ora busca en las costumbres de la presente ó de pasadas épocas, tipos de virtud y de honradez para ensalzarlos, tipos del vicio ó del extravío para enseñar á que no se les imite. Los amores castos que no producen tempestad en el alma, los amores que no pasan por el corazón como una lengua de fuego, no son amores á la moda, no son elementos á propósito para novela, de *palpitante* interés y de éxito seguro."

III

¿Se creará, por lo dicho y copiado hasta aquí, que debe proscribirse la lectura de novelas? En manera alguna: léjos de eso, útil y saludable sería que fuesen léidos ciertos libros que, bajo la forma encantadora de poéticas ficciones, contienen preceptos de moralidad y cuadros edificantes dignos de imitarse. Más aún: en nuestros días hay casi necesidad de adoptar aquella forma literaria para que las buenas ideas se propaguen, se difundan y contribuyan al mejoramiento de los individuos; pues como dice el mismo Sr. Catalina: “en épocas de frivolidad como la presente, las obras de entretenimiento alcanzan inmensa boga y ejercen grande influencia. Si, pues, esas obras de entretenimiento, vaciadas en molde católico, van llenas de ideas sanas y nobles, de máximas generosas y consoladoras, de enseñanzas útiles y de trascendencia en la vida y en la sociedad; y si á todo esto se añaden los atractivos que presta una imaginación rica y lozana, atractivos que igualen ó superen en el encanto de la forma á las satánicas inspiraciones de los novelistas ateos, la humanidad será deudora á los novelistas creyentes de un beneficio inmenso; los considerará como ilustres mensajeros del bien y los coronará con corona inmortal de bendiciones y de amor.”

Por fortuna, no han faltado ni faltan novelistas de la índole señalada por el Sr. Catalina: aunque pocos y raros, hay escritores distinguidos que emplean su pluma en hacer el bien, ya

oponiendo á la corriente de perniciosas novelas libros llenos de piedad, de unción y de amor honesto, ya ensalzando la virtud, las sanas costumbres del pueblo, y ya, en fin, infundiendo en los corazones esperanzas y consuelos. Interesan y conmueven con sus relatos, obligan á meditar, y de este modo la semilla que siembran da más tarde excelentes frutos.

Las obras de Cárlos Dickens, en Inglaterra; las de Fernan Caballero y de Trueba, en España, * y las de otros escritores de Alemania, Francia é Italia que podría citar, son una prueba de la verdad de estas palabras. En esos libros, el pueblo se deleita con páginas que le conmueven y le instruyen; hablan los nobles sentimientos del alma en un lenguaje que todos comprenden; y el amor casto, el amor puro, el amor de la familia y de la patria, presentan hermosos ejemplos que imitar. La inocencia, revestida de esplendorosas galas, circundada de una luz que parece bajar del cielo, cautiva y entenece los corazones más duros. En una palabra, en esos libros, la esposa, la madre, el huérfano, el pobre, el niño; la religión y las delicias del hogar; las satisfacciones del bien y las dulzuras de la virtud, aparecen sencillamente expuestas á los ojos del lector para enamorarle, instruirle y conmoerle. Pero por una inconcebible desgracia, estas bellas producciones no siempre son estimadas por el público, que raras veces las

(*) Las obras del P. Luis Coloma, de la misma índole que las de Fernan Caballero, pero de más honda trascendencia y de mayor mérito literario, están destinadas á ser en lo futuro la lectura favorita de las familias cristianas

busca y las lee: otros libros tienen su preferencia. Novelas hay que encantan la imaginación, que halagan nuestras inclinaciones y deseos, presentando á la vista, ora fenómenos misteriosos del alma y ardientes luchas de los afectos, ora entretenidos acontecimientos que tienen cierta analogía con los recuerdos que guardamos en nuestro corazón; pero si en todo esto, si bajo el ropaje seductor de las bellezas literarias encontramos sólo inmoralidad y escándalo, ¿no debe rechazarse lectura tan insana? ¿no debe huirse de literatura tan perniciosa? . . . Leyendo esas páginas, el frío de la duda penetra en el alma y una corrupción mortal é irresistible es el único fruto que de ellas se recoge.

De desearse es, pues, que los buenos escritores de la época; los que se interesen por el bienestar de la familia, la integridad del hogar y la paz social, emprendan una vigorosa y enérgica lucha para rehabilitar y mejorar esta rama de la literatura.



EL DÍA DE LA PURÍSIMA.

I

PLUMA de oro ha menester quien quiera dedicar en este día algunas palabras de alabanza y de júbilo á la inmaculada María, á la vírgen más pura entre todas las vírgenes, á la mansa paloma del empíreo, á la que es luz, aroma y ornamento de los espacios del cielo.

¡María, la criatura sin manchilla en quien el Eterno obró sus mayores prodigios; María, la destinada en la mente de Dios desde el principio de los tiempos para ser la predilecta de su amor; la doncella castísima, junto á cuya pureza la limpia nieve de los montes es sombra y mancha oscura; flor delicada del huerto del Señor; criatura admirable en quien la humanidad que la adora puede ver la triple aureola de la vírgen, de la madre y de la mártir; María, María, la que nos quitó las ligaduras del pecado, y nos sostiene y fortifica en las luchas diarias de esta vida triste; ¿quién podrá cantar tus glorias con acento digno de tí? ¿Dónde encontrar la palabra fácil, ardorosa y ferviente que tra-